

Chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

5 rs. por trimestre en Madrid. Administración, Jardines, 11, librería.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los tome y el que no los deja), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos ó libranzas á la Administración.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

ADVERTENCIA.

Los señores comisionados y libreros de provincias se servirán remitir en lo que resta de mes el importe de las suscripciones que tienen avisadas.

NO ME CONVIENE.

—Pero hombre, ¿no ves cómo suben, cómo se hacen hombres todos los que estudiaron, es decir, que fueron á la Universidad contigo?... ¿No ves cómo tienen, unos los destinos, los otros votos para diputados, y cómo todos se han puesto las botas?...

Esto me dice una tia que yo tengo, gran entusiasta de los hombres públicos, de los oradores parlamentarios, de los periodistas políticos; y yo le contesto cada vez que me lo dice:

—«Tia, no me conviene.»

Y es claro que no me conviene.

Si yo fuera hombre público, tendria por enemigos á los demás hombres públicos y á los que no lo son; serian contra mí los periódicos, cuyas ideas no fueran las mias; mis amigos me tratarian con mas reserva, desconfiarian de mí, se creerian con derecho á que de cada uno hiciera un hombre público tan empingorotado como yo; no tendria tiempo para irme de campo cuando se me antojara; que tampoco seria bien visto que un hombre público se fuera con su mujer y rodeado de chiquillos á la pradera del Corregidor á comer una tortilla.

Si yo fuera hombre público, hablarian mal de mí mis criados con la portera, la portera con los vecinos, los vecinos con sus amigos, estos con los suyos, mi barbbero con sus parroquianos, es decir, que todo el mundo hablaría mal de mí si no tuviera un empleo para uno, una plaza en un colegio para el hijo de aquel, una onza para este pobre cesante, y una colocacion para cada individuo que me hubiera saludado dos veces.

Si yo fuera hombre público, me llamaria inepto y torpe, que equivaldria á llamarme bruto, cualquier periódico; ahora, si alguno me lo llamara podria romperle las muelas; entonces tendria que sufrirlo y callar.

Si yo fuera hombre público, todos los que tuvieran mis ideas políticas dirian:—«Don Fulano es de los nuestros; contamos con don Fulano; don Fulano hará lo que nosotros.»—Ahora yo no soy mas que de Dios, del rey y de mi familia, y hago lo que se me pone entre ceja y ceja.

Si yo fuera hombre público, tendria que ser un hombre sério, tendria que ser esclavo de todo el mundo, tendria quizá que renunciar á un bonito sueldo cuando mas falta me hiciera, tendria infinidad de deberes,—(siempre estoy oyendo hablar de los grandes y penosos deberes de los hombres públicos).

Si yo fuera hombre público, tendria que ti-

rarme al colete todos los dias veinte ó treinta periódicos, lectura que por la homogeneidad y armonía que reina entre los periódicos de distintas ideas, es muy á propósito para que á uno le parezca, despues de terminada, que dentro de la cabeza tiene un escuadron de caballería haciendo el ejercicio.

Si yo fuera orador parlamentario, tendria que estar en mi casa hecho un loco estudiando discursos á voz en grito, tendria que saber de memoria todo lo que han dicho notable desde Moisés hasta Cañete para repetirlo y darme aires de erudito, tendria que oír, ni mas ni menos que un cómico que no dá gusto á los señores, murmullos y chicheos muy pecco lisonjeros.

Si yo fuera hombre público, estaria mas espuesto que ahora á que se me calentara la cabeza y me diera cada berrenchin que temblaria toda mi familia y todos los hombres que me tuvieran por suyo, tendria que tomar parte en algun jaleo, y á mi no me gusta mas jaleo que el de Jerez, y ese si lo baila bien alguna moza de rumbo.

Si yo fuera hombre público tendria mas ambicion que ahora, y por ende menos tranquilidad, y me veria en la precision de ir al teatro Real, aunque no estuviera la Patti en la compañía,—que al teatro Real van todos los hombres públicos, porque los hombres públicos son inteligentes en todo, y en música sobre todo.

Únicamente reconozco una ventaja que tienen los hombres públicos; la de tener por amiga cariñosa á *La Correspondencia de España*.

Por lo demás, el ser hombre público cuando hombre público lo es tanto hombre, no me parece nada envidiable.

Si hubiera menos hombres públicos y mas hombres útiles, seria mucho mejor.

Los hombres públicos de mérito son muy respetables y muy útiles, pero en esto, como en todo, pocos son los escogidos.

La industria, la literatura, las bellas artes, la agricultura y el comercio ganarian mucho si hubiera menos hombres públicos, y el país mucho mas, puesto que la industria, la literatura, las bellas artes, la agricultura y el comercio son los elementos del saber, de la riqueza y del bienestar de los pueblos.

Hé dicho.

Con esto no convenzo á mi tia marisabidilla, pero creo que los lectores de EL CASCABEL, que no se parecen á mi tia, han de creer que estoy en lo cierto.

LAS TRES REINAS.

I.

¡Todos de nosotros huyen, menos la Reina Isabel!... ¡Dios á la Reina bendiga que nos hace tanto bien!

El cuerpo nos atormenta la lepra horrible y cruel, y el alma nuestros hermanos nos martirizan tambien.

¡Ni á las fieras mas feroces con tanto espanto se vé como al infeliz leproso, que todos son contra él... Solo nuestra Reina amada no nos trata con desden, y pone sus tiernas manos en nuestra leprosa piel.

Alivia nuestros dolores, fortifica nuestra fé... y el cuerpo nos alimenta y el espíritu tambien. ¡Todos de nosotros huyen menos la Reina Isabel!... ¡La santa Reina de Hungría!... nuestra providencia es.

II.

Al mas sábio entre los sábios que un mundo viene á ofrecer, todos los sábios le miran con lástima ó con desden.

¡Es un visionario!—es esto lo mejor que dicen de él; y el mas sábio entre los sábios escarnecido se vé.

Un mundo, por todo el mundo va ofreciendo el genovés, buscando un sábio tan sábio que le pueda comprender; y al fin, el triste marino con gozo y asombro vé que es de los sábios del mundo la mas sábia una mujer.

Bendita mil veces sea la Católica Isabel!... ¡El mundo que nadie quiso por ella de España es!...

III.

Como la Reina de Hungría, con amor al pobre vé nuestra Reina venerada, nuestra segunda Isabel.

Ella es del triste consuelo, del huérfano madre es, y al criminal, generosa quiere hacer siempre merced.

Como la Reina Católica, de su pueblo anhela el bien, y es todo lo grande y noble lo que le inspira interés.

En ella las bellas artes su única esperanza ven, y ella es la fiel protectora de la virtud y el saber.

Dios, y la Reina de Hungría y la primera Isabel ¡bendigan á nuestra Reina, que madre del pueblo es!

19 noviembre 1863.

LA COSTUMBRE.

Se dice que la costumbre es una segunda naturaleza, y en efecto, cada dia podemos convencernos mas y mas de que las costumbres que hemos adquirido son otras tantas necesidades; no las seguimos por conveniencia ni por el placer que nos dan, sino porque la segunda naturaleza nos obliga, y no sabemos ó no podemos resistirla.

Este poder de la costumbre es tan grande, que hay personas que lo hacen todo obediéndole, á pesar de que sus deseos y sus instintos son contra-

rios á sus costumbres. He conocido un prójimo que hacia treinta años que se desayunaba con arroz á la valenciana.—Le gustará á usted mucho, le dije un día.—No, señor, me contestó; no es que me guste, pero la costumbre...—¿Se lo ha mandado á usted el médico?—Al contrario, el médico me dice que coma todo lo que quiera, y á cualquier hora; pero, ¿qué quiere usted? ya estoy acostumbrado al arroz....

Cuántos hay que se le parecen en el mundo, y pasan su vida haciendo lo que les incomoda, frecuentando sociedades, en las que se fastidian soberanamente, viendo personas á quienes no estiman, asistiendo todo el año á un teatro, donde duermen ó no entienden una palabra, y todo por costumbre, lo mismo que aquel almorzaba todos los días arroz á la valenciana.

Don Judas se queja de su mala salud por costumbre; jamás se le vé enfermo; hace sus tres comidas por día, no tiene tos, ni jaqueca, ni melancolía; pero cuando le pregunta usted por su salud, encoge los hombros, y tomando cierto aire compungido contesta invariablemente:—Así, así! no estoy muy bueno....

El dueño del molino de chocolate de la esquina ha ganado en quince ó veinte años una rentita de cuarenta mil reales anuales, con los que podría vivir dichoso. Creerán ustedes que se felicita de su constante prosperidad, y dá gracias á la Providencia por haberle otorgado tan señalada protección; pues no señor; ni un solo día deja de quejarse de lo adverso de los tiempos, de la multitud de establecimientos de la misma clase que el suyo que se ponen en Madrid, de la carestía de los alquileres y del poco consumo que se hace de chocolate.—No se hace nada! está diciendo desde que empezó á hacer su fortuna.

Emilio es un jóven muy despejado, hablador infatigable, que habla y decide de todo, aunque de nada sabe cosa mayor; desde que estudiaba, empezó á adquirir reputación de sabio, y aunque nada ha hecho que pueda servir de base sólida á su reputación, se continúa llamándole sabio por costumbre.

Pedro y Catalina no están un momento sin reñir; ya supone el lector que son marido y mujer; si el marido quiere salir, la mujer no tiene gana de moverse de casa; si la mujer quiere ir á paseo un día porque le parece que el tiempo está delicioso, el marido asegura que el día está muy malo, y que vá á nevar ó á llover. Si el marido acaricia á su hijo, la mujer regaña á la pobre criatura y la rechaza; si la mujer quiere dar confites al niño y le quiere poner el vestido nuevo, el marido se empeña en encerrarle en el cuarto oscuro, tomando pretexto de lo mas leve para imponerle el castigo. Por las cosas mas fútiles se oye reñir y alborotar á este matrimonio feliz, y sin embargo, cuando Catalina no vé á su marido, se impacienta y se fastidia, y cuando Pedro no tiene á su mujer en casa, parece como que le falta algo, y anda receloso y asombrado.... No es el amor lo que produce este resultado, sino la costumbre.

Por costumbre vamos á tomar café todos los días con grave perjuicio de la salud, por costumbre vamos al teatro Real cuando la compañía es mala y nos suelta cada gallo que canta mejor que los cantantes mismos, por costumbre conservamos un criado que nos sirve mal y un sastre que nos engaña y nos hace pagar las prendas mas de lo que valen, por costumbre no van á misa tantos que quieren pasar por sabios y gobernar el país, por costumbre, y nada mas, van otros á las iglesias á ver las muchachas y á estorbar á los verdaderos cristianos, por costumbre leemos los periódicos políticos, sin estar conformes con sus ideas, por costumbre llevamos las manos en los bolsillos, ó la cabeza baja, ó el sombrero de medio lado, por costumbre nos burlamos de los maridos, y todos acabamos por serlo, por costumbre, en fin, el octogenario ciego y paralítico siente tener que dejar esta vida.—Pues ya es tiempo de que renuncie usted á la existencia, le dirá cualquiera, y él contestará:—Al contrario, es mas

difícil acostumbrarse á esta idea ahora que ya tengo la costumbre de vivir.

LA CRUZ PESADA.

No hay hombre mas desgraciado en el mundo, que el envidioso, ó el descontento con la suerte que la Providencia le deparó. La envidia envenena todos los demás goces de la existencia. Semejante á un clavo que sobresale en la suela interior de un zapato, hiera al que lo lleva y penetra mas y mas á cada paso que dá.

Un ejemplo vivo de lo que acabamos de decir, será el objeto de la siguiente anécdota.

En un lugar, cuyo nombre no hace al caso, vivían, ó tal vez viven aun, Pancracio y Ambrosio, ambos vecinos honrados del mismo y no muy bien acomodados de bienes de fortuna. Ambrosio habia servido como valiente en la guerra de Africa, dejando en aquellas arenosas playas una pierna, que un famoso ortopédico substituyó tan admirablemente como puede ser substituida una pierna de carne y hueso con otra de roble ó encina. Quiso su buena suerte que fuese el primer herido en dicha gloriosa campaña, y por consiguiente obtuvo de la Diputación de su provincia una pensión vitalicia de dos mil quinientos reales anuales, la cual para un pueblo, casi aldea de Castilla, no deja de ser una rentita muy confortable.

La amistad mas estrecha uniera desde la infancia á Pancracio y Ambrosio, cuyas casas estaban solo separadas por la pared de medianería. Ambos se casaron, poco despues de haber vuelto Ambrosio de la guerra de Africa, con dos primas carnales, circunstancia que estrechó aun mas, si era posible, la amistad de entrambos. Sin embargo, Pancracio no miraba de buen ojo la fortuna de su amigo; y allá para sus adentros envidiaba la suerte que le habia cabido de dejar uno de sus miembros en la africana costa; si bien en los principios ocultó su envidia, no solo de los habitantes del pueblo, sino casi de sí mismo. Pero como esta villana pasión cobra mayores bríos con el tiempo, si no se la ahoga al nacer, poco á poco el infeliz Pancracio fué perdiendo de su discreción, hasta el punto de que no hablaba de otra cosa á quien oírle quería, sino de la fortuna que habia tenido Ambrosio en lograr una renta tan pingüe por solo la pérdida de una cosa que para nada necesitaba; y añadia, que si era una suerte para algunos el nacer de piés, éralo mayor para otros el quedarse con uno solo. Mas cuando su cólera, ó mejor dicho, su envidia, tomaba proporciones alarmantes, era cuando por San Miguel tenían ambos vecinos que ir á casa de don Antonio, el dueño de la poca tierra que uno y otro cultivaban, á pagar la renta anual. Entonces si que era preciso taparse los oídos para no oír á Pancracio.

Llegó, por fin, tras un mal año un San Miguel, y ambos vecinos se encontraron en casa de don Antonio. Ambrosio aquel año, como los anteriores, llevaba su contingente cabal, y por lo tanto tenia el aire satisfecho del hombre honrado que se liberta de una obligación. Pancracio, por el contrario, se presentó con aire mohino y regañon, y oyó con evidente mal humor las quejas que el propietario le diera por su falta de puntualidad. Al fin, no pudiendo contenerse, y á pesar de la presencia de su amigo, exclamó:

—Muy duro está usted conmigo, señor don Antonio, por nna falta que no depende de mi voluntad, sino de la de Dios, que no nos ha enviado una gota de agua en mas de seis meses. Yo aseguro que si Ambrosio, aquí presente, tuviera que sudar lo que yo para ganar la renta que pagamos á usted, no seria tan puntual en hacerlo como lo es.

—No tienes razon en lo que dices, le contestó don Antonio; porque si Ambrosio goza de una pensión, harto cara la ha pagado con las penalidades que ha sufrido y la pierna que ha dejado por allende el mar. ¿Te parece que es ligera la cruz que el pobre lleva encima?

—¿Que si lo es? contestó Pancracio, ¡ya lo creo! Si á mí me dieran dos mil y quinientos reales de pensión por cada miembro que me quitaran, pronto seria yo rico, y no tendria los apuros que tengo para pagar á usted mi renta. Yo le aseguro á usted que esa cruz no me parecería demasiado pesada.

Era don Antonio hombre de claro talento y de buen humor tambien; conque fácilmente conoció la envidia que abrigaba Pancracio, y que ella era la que inspirádole habia aquellas palabras. Así, pues, con intencion de divertirse y castigar al mismo tiempo tan feo vicio, le contestó:

—Amigo, puesto que tan ligera te parece la cruz de Ambrosio, te ofrezco no exigirte un maravedí de renta por las tierras mias que utilizas, con tal que me prometas tú no quitarte nunca otra cruz, inlinitamente mas ligera, que yo te pondré en la espalda.

El primer movimiento de Pancracio fué de estre-

mada alegría; mas luego pensó que para dispensarle tamaña merced, era preciso que la cruz que se le queria imponer enterrara algun oculto daño poco sufrible. Así fué que preguntó á don Antonio con evidente desasosiego, qué especie de cruz era la que le queria poner.

—La mas ligera que darse puede, dijo este.

Y agarrando un pedazo de yeso que en la mano tenia, le trazó en la espalda una cruz blanca de media vara de largo.

—Anda, le dijo, interin no te quites esa cruz ni de día ni de noche, quedas exento de pagarme renta alguna. Con esto le despidió.

Fuése Pancracio riendo para su capote y admirando su buena suerte en verse libre de pagar renta por solo llevar una cruz pintada en la espalda. Sin embargo, hubiera preferido los dos mil quinientos reales de su amigo, no solo al no pagar su renta, sino hasta por la propiedad misma de las tierras.

En esta disposicion de ánimo, con rostro empero alegre y casi burlon, llegó á su casa y pidió la comida, que la mujer le sirvió sin tardanza, sentándose enfrente de él. Concluida esta, fué la mujer á alargar un porrón de vino que estaba detrás de su marido, y al volverse vió la cruz blanca que la cogia toda la espalda.

—¡Virgen Santísima!... exclamó. ¿Estamos en Carnestolendas?... ¿Dónde has estado que así te han puesto?... ¡En la taberna, sin duda, con los borrachos!...

Y diciendo esto, iba á borrar la cruz, cuando Pancracio pegó un salto y la dijo:

—Anda tú á hilar, holgazana, y no te metas en limpiar mi chaqueta.

—¿Cómo es eso? contestó la mujer con voz chillona y destemplada. ¡Quieres, borrachon, salir á la calle de esa manera para que todo el lugar se divierta á tu costa, y te llamen el cirineo! Pues no ha de ser así; que no tengo yo ganas de que me llamen á mí la cirinea. Conque déjate limpiar, ó si no....

Conocia sobrado bien Pancracio la fuerza de aquel *si no*, para esponerse á sus consecuencias; así, pues, tomó el portante, cerrando tras sí la puerta con violencia.

Al volver la esquina de su casa oyó á su vecino Justo que le gritaba:

—¿Qué es eso, Pancracio? ¿qué cruz blanca es esa que llevas en la espalda?

—Métete en tus bragas, le contestó Pancracio, y no en lo que ni te vá ni te viene.

—Espere usted, señor Pancracio, le dijo á pocos pasos de allí la hija del tendero; deje usted que le borre esa cruz blanca que le han pintado en las espaldas.

—Vaya allá la rapazuela á vender su bacalao, y no se meta con los que pasan por la calle, respondió Pancracio.

Avergonzada la niña, se entró corriendo en la tienda.

Pasaba nuestro cruzado en aquel momento por delante de la carnicería, á tiempo que el dueño charlaba en la puerta con el herrador, su vecino.

—Aquí está el hombre que yo necesito, dijo el carnicero deteniendo á Pancracio.

Y empezó á hablarle sobre unos pastos; pero apenas habia comenzado á hacerlo, cuando acertó á pasar la tia Juana, quien al ver la cruz blanca, exclamó, cogiendo su delantal con ambas manos:

—¡Jesús, María y José! Dime, Pancracio, ¿quién te ha pintado de esa manera la espalda?

Volvióse prontamente el interpelado para impedir que la tia Juana le borrara la cruz, y al hacerlo mostró naturalmente al herrador la señal que don Antonio le habia puesto.

—Oye, chico, gritó el herrador al carnicero, mira qué majo viene Pancracio; ¿sabes tú que vuelto de espaldas haria una buena muestra para la taberna de la Cruz blanca, de Segovia?

—Eso será, contestó el carnicero, que así como yo señalo los carneros que compro, su mujer le habrá hecho esa marca para que no se le pierda.

Pancracio conoció entonces que el único remedio de escapar de la tia Juana, del carnicero y del herrador, era el de tomar el portante sin mas explicaciones. Contentóse, pues, con llamar bruja á la una y holgazanas á los otros, y se largó. Mas ya empezaba á parecerle demasiado pesada la cruz de don Antonio.

Pero estaba escrito que aquel habia de ser el día de malos encuentros para Pancracio; porque apenas dejó de oír las risotadas de sus dos amigos, cuando se halló á la puerta de la escuela en el momento mismo en que los chicos salian de ella. Al ver aquel enjambre de diablillos, Pancracio se estremeció, adivinando lo que le iba á suceder, y lo que sucedió en efecto; porque no bien hubo pasado la puerta de la escuela y mostrado á los muchachos, que en número de mas de cincuenta, se hallaban ya en la calle, sus espaldas, cuando se levantó una aclamación atronadora, y casi le ensordecieron de todo punto los gritos, silbidos y aullidos de ¡Saca la maza! ¡que la lleva! ¡que la lleva!

—Mira, mira, decian otros, el tio Pancracio se ha

vuelto carnero y le han marcado para el matadero. Pálido de cólera, volvió Pancracio cara á sus juveniles perseguidores, y ya iba á tomar una cruel venganza de sus insultos, cuando don Pablo, el magister, apareció en la puerta de su casa.

Pancracio se dirigió á él quejándose amargamente de la mala crianza que daba á sus escolares; pero don Pablo le contestó con dulzura que nada tenía de extraño que los chicos se rieran, cuando personas mayores le harían al verle con aquella cruz blanca en la espalda.

—Y á usted ¿qué le importa mi cruz? replicó Pancracio con soberbia. ¿No puedo yo llevar en mi espalda lo que me dé gana?

El magister se sonrió sin contestar; pero Pancracio comenzó á pensar que el verse libre de pagar la renta le había de costar mas caro de lo que en un principio imaginara; y que si en el poco tiempo que llevaba de cruz había ya sufrido tantos sinsabores, cuántos mas experimentar cuando se supiera la causa que le había movido á dejarse poner aquella señal.

Iba harto cabizbajo, ensimismado en sus poco gratas reflexiones, cuando al llegar á la taberna vió que por un lado venia su propietario don Antonio, y por el otro Ambrosio con su pierna de palo, hablando con el carpintero. Era este el gracioso del pueblo, y Pancracio hubiera dado tres años de rentas por no ser objeto de sus chanzas delante de Ambrosio. Así, pues, no le quedó otro recurso que el de meterse en la taberna; pero aquello fué salir de Málaga para dar en Malagon. Los bebedores tardaron poco en columbrar la cruz, y allí fué Troya. Llovian las chanzas como el granizo, tanto, que Pancracio llegó á amostazarse de veras, y la disputa se acaloró hasta tal punto, que el tabernero, temiendo una desgracia, tuvo por mas prudente plantar al cruzado, á la fuerza, de patitas en la calle.

Luego que se vió en ella Pancracio, aterrado por los muchos percances que le habian sobrevenido, y no habiendo salido de su casa sino para evitar la cólera de su mujer, conoció que lo mas prudente seria arrostrar esta, mas bien que esponerse á la cruel rechifla de todo el pueblo. Encaminóse, pues, á su casa, situada al otro extremo del pueblo, pero no éon el tranquilo andar del hombre morigerado, que tras un paseo higiénico vuelve en busca de su hogar, sino como el gitano que ha robado una gallina y busca azorado un refugio contra el resentimiento de la dueña ó las pesquisas de la justicia. Tan pronto apresuraba el paso para evitar á los que le seguian, como lo reprimia, cual perdiz herida, para dejar que se alejaran los que iban delante. En fin, tras mas astucias, vueltas y revueltas que las que dá una zorra para evitar la persecucion de los sabuesos, llegó á su morada, en la que esperaba encontrar el descanso, de que tanto habia menester. Mas ape-

nas le hubo visto la mujer, cuando le apostrofó á voz en grito, diciéndole:

—¿Cómo, perdido! no te dá vergüenza de volver como te fuiste? Anda, que ya han estado aquí tres ó cuatro vecinos á preguntarme si te habia dado la locura por llevar una cruz blanca en la chaqueta. ¡Ven acá, ven, que voy á quitártela por caridad!

—No te acerques, Tomasa, exclamó Pancracio arrimando la espalda á la pared.

Mas la mujer no echaba cuentas en sus palabras, y adelantándose le dijo con tono que no admitia réplica:

—¡Por Nuestra Señora de la Peña, que te he de quitar esa cruz, aunque me fuera en ello la vida! ¡No faltaba mas sino que cosa que me toca de tan cerca se hiciera el hazme reir de todo el pueblo!...

Diciendo esto, quiso la Tomasa agarrar de un brazo á su marido, este de un empujon la tendió en el suelo; pero ella se levantó lista como una ardilla y sacudió á su cónyuge tan soberano bofetón, que le hizo ver en medio del día mas estrellas que las conocidas por los astrónomos. Esta fué la señal de una encarnizada lucha entre ambos, que escandalizó á todo el lugar, cuyos habitantes vinieron en tropel á separarlos.

Es escusado decir que las mujeres, que eran las mas numerosas, se declararon unánimemente contra Pancracio; quien al principio, sostenido por la cólera, hizo frente á todo el mundo; mas á medida que recobraba la serenidad, su valor se iba desvaneciendo, y conoció que no le era posible sostener tan desigual contienda, ni tampoco conservar ni la mas remota esperanza de hallar paz ni sosiego en su casa ó fuera de ella, interin la cruz permaneciera en su espalda; por lo que resolvió quitársela él mismo en cuanto llegara la noche.

Hízolo así, y á los pocos dias se presentó una mañana en casa de don Antonio, á quien rogó recibiera el importe de la renta que le llevaba.

—Ya me figuraba yo, le dijo su amo, que no tardarias mucho en cansarte de llevar la cruz que te pinté; y eso que no podia ser mas ligera! Tu ejemplo puede servir de leccion para los caracteres envidiosos é impacientes que sin cesar se quejan de Dios y de la vida á que les ha condenado. No olvides, amigo Pancracio, que Dios en su omnisciencia ha proporcionado los trabajos y las penas á las fuerzas de los que las pasan; y no te creas nunca mas infeliz que los demás, porque tú no puedes saber los males que afligen á tu prójimo. Todas las cruces de la vida son bien pesadas; pero la paciencia, la fortaleza de ánimo y la resignacion pueden hacérnoslas ligeras.

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

I.

El Caballo blanco.

(Continuacion.)

Aquella vez fué, amigo mio, la primera que yo, el infrascrito secretario, me puse de parte de la parte mas flaca: aquel juicio dió al traste con el mio, y aquella mujer me hizo comprender, sin decirme una palabra, que no hay argumento tan poderoso como una mirada de unos buenos ojos, ni disposicion en la ley de enjuiciamiento que pueda aplicarse á sangre fria á una pecadora tan pecadora que, como aquella, puede hacer pecadores á todos los legisladores del mundo.

Desde aquel dia, seguir la huella de tan poderosa hermosura fué mi constante ocupacion; maldije las costas, y los embargos, y las notificaciones, y me pasé horas enteras paseando la calle donde vivia aquella mujer, destinada á robar á la justicia el mas celoso, y mas listo, y mas decidido secretario.

Para abreviar; una noche la vi salir sola de su casa, y me decidí á hablarla.—Coloquéme á cuatro pasos de distancia, y comencé: «Benditos sean los cuerpos buenos! Oiga usted, niña, ¿no tiene usted miedo de salir sola?»—Y comenzó á llover; yo llevaba paraguas, y se lo ofrecí, y al ofrecérselo me conoció la indina.—«¡Calle! el aguacil!»—exclamó con un acento mas dulce que el suspiro de una sirena.—«Aguacil, nó, prenda; soy secretario, para lo que usted guste mandar.»—Y me puse á su lado cubriéndola con el paraguas.

¡Oh implacable é infalible Astrea! perdona á este hijo indigno lo que entonces dijo de tí. Yo dije que

en la justicia habia abusos, y que los jueces abusaban, y que abusaban los alguaciles, y que contra todo mi gusto ejercia el cargo de secretario, y que á costa de mi vida quisiera no haber sido el conductor por donde recibió la madre de aquella hurí del paraíso la papeleta de citacion, y en mi locura hice propósito de la enmienda, y ofrecí abandonar á la primera ocasion mi puesto, y desde aquel instante mismo consagrarne al culto de la hermosura de aquella obra de la naturaleza. Sin que sea vanidad, estuve á la altura de las circunstancias, y la niña no me consideró costal de paja; pero antes de lo que yo hubiera querido, hube de separarme de ella, que entró por la puerta del escenario de un teatro, de cuya compañía de baile formaba parte. Ya adivina usted lo que yo hice: comprar una butaca, leer el cartel, en el cual se anunciaba, entre una comedia y un sameté, el baile nuevo titulado *Las majas de rumbo en el Puerto de Santa María ó la Estrella de Andalucía*, y entrar en el teatro.

¿Hay mucha gente? pregunté al entrar á un dependiente del juzgado, que por la noche era acomodador en aquel teatro; y me contestó:—«Nó, señor; no hay mas que alabarderos (1).»—Creí de buena fé que, por cualquier acontecimiento fausto, habrian convidado aquella noche á los individuos de tan benemérito cuerpo; pero hube de creer todo menos eso, cuando vi en las butacas y en los palcos señoras, caballeros y niños sin uniforme y sin distintivo alguno; la curiosidad me hizo preguntar á un joven sentado en la butaca próxima á la mia:—«Aunque sea mal preguntado, ¿me hace usted el favor de decirme dónde están los alabarderos?»—El joven me miró con cierto enojo, y me volvió la espalda.—«Pero una señora, que estaba detrás con dos niñas y una ama de cria, contestó:—«¡Los alabarderos! ¿lo dice usted por nosotras, caballero?»—Lo que menos me

(1) Sabido es que, no ha mucho tiempo, siempre que el rey asistia en Madrid al teatro, iban con él, y se colocaban á los dos lados del telon de boca, dos alabarderos, á quienes, como pueden suponer nuestros lectores, no se les exigia entrada. Este es el origen de la denominacion que hoy se dá á los que tienen entrada gratis en los teatros.

CASCABELES.

¿Por qué la señora Hijosa, actriz de mérito y facultades, no procura combatir ciertos resabios profundamente arraigados en su sistema de declamacion que, á mas de ser injustificables con su inteligencia, solo sirven para empañar el brillo de su reputacion? Hay ocasiones en que al decir una frase exclamatoria, por ejemplo, en el drama *Virtud y libertinaje* toma una afectacion exagerada y un tonillo del peor gusto, que suena como si pronunciara... ¡Meres un ángel, Leoncial! Otras veces, como en *Pobres mujeres!* dice una tirada de versos precipitadamente, sin tomar aliento ni darle buen sentido, á la manera que recita una fábula cualquier escolar, y estos vicios debe corregirlos, por mas que la aplauda el vulgo, cuyo fallo no debe satisfacerle. Por lo mismo que reconocemos su mérito, nos lastiman estos lunares tan fáciles de borrar; y haciéndolo así enaltecerá su fama, de que nos holgaremos mucho.

Pues señor, este es un pais delicioso.

Los funcionarios que son mas útiles en los pueblos son los curas, los médicos y los maestros de escuela.

Pues estas tres clases son las que están mas mezquinamente remuneradas.

Esto parece un absurdo; pero en España hay muchos absurdos que son realidades.

Solucion de la charada del número anterior.

CASCABEL, ¡cuánto te quiero,
que en tu charada me das
un abrazo y el chascás
del general ESPARTERO!

Una señora de esta corte.

Segun *La Correspondencia*, dias pasados riñeron en Zaragoza dos cocheros, y uno de ellos trató de herir al otro, es decir, que no lo hirió, huyendo despues. Un empleado de policia le quiso detener, y no deteniéndose el cochero, no le ocurrió mejor medio de detenerle que dispararle un tiro, con lo cual consiguió que se detuviera aquel infeliz y falleciera en el hospital á las pocas horas.

Nos parece que el crimen del pobre cochero no era para detenerle de ese modo, y suponemos que

figuraba yo era que aquellas mujeres podian ser alabarderos; pero el acomodador citado, á quien en el entreacto fui á pedir una explicacion, me dijo que se llamaba alabarderos á las personas que entraban en el teatro sin billete, ó por lo menos sin comprarlo, y que aquella noche apenas habria 500 reales de entrada, cosa que sucedia en aquel colisco con lastimosa frecuencia, sin que se pudiera saber á qué atribuirlo, porque aquellos eran los mejores actores y las mejores tambien las obras que se ponian en escena.

No me pareció mal la institucion de los alabarderos; pregunté quién era el encargado de dar los nombramientos, y mi dependiente me dijo que los que merecian esa distincion eran autores dramáticos, ó periodistas, ó músicos, ó actores de otros teatros, las familias de los empleados, ó amigos del empresario, etc., etc., y quien en aquella época podia admitir alabarderos, era el primer actor y director de escena, porque la empresa habia *tronado*, y los empresarios eran los mismos actores que *estaban á partido* bajo la direccion de aquel; pero á renglon seguido me indicó que no me molestase en procurarme la alabarda, pues el teatro se iba á cerrar de un dia á otro, porque la o'questa no queria continuar si no le pagaban tres *quincenas* que le debian, y la primera dama habia firmado una escritura para Guadalajara, y el barba no queria trabajar en un drama que se estaba ensayando traducido por el gracioso, y el primer bailarín se habia dislocado un pié en el baile *Los marineros de la tierra*, y las bailarinas no querian seguir, porque no ganaban á partido ni para zapatos, ni siquiera para almidonar las enaguas, y el poeta don Diego habia retirado una comedia muy bonita para llevarla á otro teatro, y la empresa del gas se negaba á alumbrar si los actores no le *alumbraban* puntual y religiosamente; y, en fin, porque el público habia perdido el gusto, alicionándose á los caballos del circo ecuestre, y á un jugador de manos que estaba haciendo el caldo gordo á la empresa de otro teatro.

Volvió á levantarse el telon, y continué presenciando con grande impaciencia todo lo que pasaba.

¿ese empleado de policía se le habrá exigido la mas estrecha responsabilidad de la muerte de un hombre.

Se nos olvidaba decir que *La Correspondencia* cuenta este hecho como si fuera la cosa mas natural del mundo.

Verdad es que, como si fuera una cosa muy importante y amena, hizo en cierta ocasion el mismo periódico, ni mas ni menos que si se tratara de una máquina de coser ó de algun gran adelanto de la industria, la descripción del garrote que empleaba en el desempeño de sus elevadas funciones el verdugo de Albacete.

Ha salido *EL CASCABEL*, y ya comienza á descargar la nube de periódicos, que quieren imitarnos.

Es mucho país este; basta que á uno se le ocurra una idea, para que todos quieran hacer lo mismo.

Por lo demás, nos tienen sin cuidado todos los periódicos que intenten imitar al nuestro. *EL CASCABEL* tiene sólidamente asegurada su existencia, y cree contar con el favor del público.

Caballeros, desde Madrid á Manresa se han perdido ciento diez números de *EL CASCABEL*; es decir, que nos los han hecho noche no sabemos dónde.

Tendremos que imprimir en letras grandes en las fajas aquel precepto del Decálogo, que manda no hurtar!

Suplicamos al Director de Correos que vea la manera de que reciban nuestros suscritores de Manresa esos ciento diez números.

CHARADITA.

Primera y cuarta es el modo de hacerlo en el mundo todo; cuarta y primera son flores que en perdiendo sus colores las arrojamos al lodo.

Segunda, prima y tercera al enfermo perjudica y al que pide desespera; prima y terciá es una chica que le conviene á cualquiera.

Con segunda y cuarta yo señalo al que es un tunante; la cuarta es lo que nos dió un magnífico cantante que en la Zarzuela cantó.

en casa de una familia, á la que no tenia el gusto de conocer, y en la cual habia una muchacha que quería á un muchacho, y el padre no quería que le quisiera, y ella erre que erre, y el padre aconsejándola siempre que quisiera á otro, amigo suyo y muy feo, y ridículo por mas señas, y ella como si oyera llover. Y antes de que se resolviera esta gravísima cuestión, vino la criada, dijo que la sopa estaba en la mesa, y la familia toda se fué al comedor, y volvió á correrse la cortina.

En el tercer acto, el padre tenia diez años mas, y no hacia mas que lamentar la ingratitud de su hija, que habia huido de la casa paterna con el novio; pero de pronto asomaba por entre dos montañas una mujer seguida de una criatura; al entrar en la escena, decía: ¡Ah! á cuya exclamacion contestaba el padre: ¡Oh!—Bajaba al proscenio aquella infeliz, y se acercaba al abandonado padre, exclamando:—¡Una limosna!—¡Mi hijal decía el padre, y daba un paso atrás.—¡Mi padre! contestaba la hija, y ocultaba el rostro entre las manos. Seguía una escena muy tierna, que hacia llorar á las alabarderas, y venia á poner término á aquella situacion el novio desdenado en el segundo acto por la niña que, olvidado de todo, le ofrecía alma, vida, corazón y mano, con lo cual todos se abrazaban, y caía el telon.

Seguia el baile; el entreacto me pareció un siglo; tan impaciente estaba yo por analizar las perfecciones de mi adorada, vestida de *estrella de Andalucía*.

Pero al fin sonó la campanilla, desapareció la concha del apuntador, se levantó solemnemente el telon y sonaron las castañuelas.

Clavé los ojos en el escenario, y ví sentadas alrededor de una mesa, sobre la cual habia vasos y botellas, hasta seis bailarinas, entre las cuales estaba mi conquista, muy serias, y como si en su vida hubieran roto un plato; y apoyados en los respaldos de las sillas otros tantos bailarines jacarandosos en actitudes mas ó menos graciosas, y vestidos ni mas ni menos que los banderilleros de la plaza. Así permanecieron algunos instantes, hasta que, á una señal del director de orquesta, ellos se hicieron atrás, y ellas se pusieron en pié, y ahuecándose las enaguas

Prima, terciá y cuarta vé quien vé á un obispo venir, la segunda es letra que si te la llevo á decir sabrás tanto como sé.

Con oro se puede hacer cuarta y terciá; es probado; con un jaco no domado cuarta y prima voy á ver si consigo con cuidado.

Prima y segunda, en francés, á las francesas seduce, y están siempre á ver quién es con ella la que mas luce de la cabeza á los piés.

Mi buen amigo Ramon quién es el todo dirá cuando llegue la ocasion... ¡Ay, lectores! ¡qué funcion tan sonada la que habrá!

El señor Saldoni, maestro de música, escribe un comunicado, en el que publica copia de la fé de bautismo de la señorita Patti, y quiere que conste que él ha sido el primero que ha dado á conocer la verdadera fecha del nacimiento de la célebre artista.

Mucho apreciamos el servicio que ha prestado el señor Saldoni, pero no podemos concederle ese primer lugar que reclama, porque la primera que dió á conocer la fecha del dia en que nació, fué la misma señorita Patti saliendo al mundo, pues que si no hubiera nacido, mal podria el señor Saldoni publicar la fecha del nacimiento, y el segundo el teniente cura de San Luis, que segun confiesa el mismo señor Saldoni, le ha dado á conocer la tal fecha; luego al señor Saldoni todo lo mas que puede concedérsele es el haber sido el primero y el único que ha ido á preguntar al teniente cura de San Luis:—Diga usted, ¿me hace usted el favor de buscar en los libros de nacimientos del año 1843 la fecha del de la señorita Patti?

La señorita Patti sigue entusiasmando á los concurrentes al teatro Real. Es, en efecto, una gran artista, y merece aplausos y hasta el sueldo que gana.

Se publica una novela titulada *Los incendiarios de Madrid*.

¡Valgame Dios! ¡qué novelas y qué novelistas! ¡Qué aprenderá el lector, qué ejemplos morales, qué modelos de virtudes cristianas hallará en *Los incendiarios de Madrid*, en *La maldicion de Dios* y en otras novelas que ahora se publican!

y requiriendo las castañuelas, fué á colocarse cada una en frente de cada uno; y sacando ellos el pié izquierdo y ellas el derecho, comenzaron á bailar, que era lo que habia que ver. La dueña de mi corazón estaba radiante de hermosura, y yo seguía con avaros ojos todos los queiebros de aquel cuerpo, y todos los saltos de aquellos piés, y todos los movimientos de aquellos brazos, saltando también á compás en mi butaca, y haciendo grandes esfuerzos por contener mi entusiasmo y mi admiracion en los límites que, solo los indiferentes, los que nunca se han enamorado de una bailarina, los que jamás han podido comprender la sublimidad del arte, pueden no traspasar.

Y ella, amigo mio, ella no bailaba aquella noche para los alabarderos; bailaba para mí. Bien claro me lo decía con los ojos; bien me lo demostraba cuando con una coqueteria arrebatadora alzaba el pié á la altura del talle, y lo dirigia recto hacia mi butaca. Hubiera dado el importe de todas las costas que se cobran en un siglo en los juzgados de Madrid, por hallarme solo en el teatro en aquel momento en fren e de aquel benemérito cuerpo de baile.

La orquesta varió de tono, y cesaron de moverse las parejas, que acudieron á recibir á otro torero que, muy embozado en su capa encarnada, y con los avios de matar en la mano, apareció por el foro: saludáronle todos con grande acatamiento, y le rodearon para oír lo que el tal les dijo, que debía ser muy bueno, á juzgar por el interés y la satisfaccion con que le escuchaban, satisfaccion que espresaron unas y otras haciendo corro y bailando alrededor del recién venido, á quien momentos despues siguieron todos, ocultándose á la vista del público. A la vista se cambió también aquella decoracion en un telon de calle, en la cual volvieron á aparecer damas y caballeros, y á bailar delante de la puerta de una casa, á la que se llegó el de la capa encarnada, y llamó con cierta mesura y como quien no quiere asustar al pacífico vecindario. La puerta permaneció cerrada, y las parejas continuaron su baile, y el de la capa encarnada, apoyado en la puerta y en actitud de quien medita un proyecto gravísimo y de aventura-

ALMANAQUE CÓMICO DE EL CASCABEL.

Este Almanaque, escrito por nuestros mas distinguidos escritores, se publicará en diciembre próximo, y se regalará á todos los suscritores actuales que renueven su suscripcion antes de terminar el citado mes, y á todos los que se suscriban por tres meses, lo mismo en Madrid que en provincias. Estos remitirán al pagar su suscripcion un sello mas por el porte del Almanaque.—Contendrá infinidad de noticias curiosas, y procuraremos en él hacer reír á los lectores.

ANUNCIOS EN EL ALMANAQUE CÓMICO DE EL CASCABEL.

La gran publicidad que tiene este periódico y el precio que pondremos al *Almanaque cómico*, nos permiten asegurar á los anunciantes que los anuncios que se inserten en el mismo serán leídos por mas de 24,000 personas. Hemos fijado la tirada en 30,000 ejemplares.

Se reciben anuncios de Madrid y de provincias para insertarlos en el *Almanaque cómico*, á medio real linea, en la ADMINISTRACION DE EL CASCABEL, calle de Jardines, núm. 11, librería, desde hoy hasta el 24 de diciembre inclusive.

ANUNCIO.

Doña Quintina Lopez de Dicastillo y su adorada hija doña Isabel Martinez de Aguirre, que residen en Abárzuza, provincia de Navarra, prometen dos onzas de vellon y una cesta de camuesas al que resuelva el siguiente acertijo:

Para andar le ponen la capa, se la quitan para andar, no puede andar sin la capa, con capa no puede andar.

La persona que dé su verdadera solucion, pueda reclamar la oferta.

Por lo contenido en este número. F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.

da ejecucion; pero de repente el de la capa, que sin duda habia dado en el quid, dió dos pasos adelante, y, con solemne ademan, indicó á su gente que despejase la calle, órden que se obedeció sin mas oposicion que unos cuantos pasos á compás y otros tantos golpes de castañuelas.

Allí quedó el héroe del poema, reflexivo y meditando otra vez, embozado en la capa, y sin quitar ojo de la dichosa puerta; pero, en fin, hubo de decir para sus pantorrillas: *pecho al agua*, y resueltamente dió tres golpes con el llamador, y la puerta se abrió, y entró en la casa mi hombre. No tardó mucho en salir, no reflexivo y taciturno como antes, sino alegre y animado, como si acabara de descabellar á la primera el toro mas guapo de los que se lidian en la plaza; tomó la actitud mas macarena del repertorio, y se puso al lado de la puerta, como si esta fuera la del toril, y esperara otro toro para echarle una capa.

Los violines preludiaron un aire dulce como la brisa de abril, y salió el toro, es decir, el toro precisamente, no, pero sí la protagonista del drama, la reina de la funcion, la *maja de rumbo*, mas majá y de mas rumbo, la *Estrella de Andalucía*, en fin.

¡Qué diálogo tan interesante entre ella y él! ¡Qué bien espresaba él el amor! ¡Qué bien espresaba ella los celos! ¡Qué grandeza de alma la de aquella mujer! ¡Qué hidalguía la de aquel hombre! Y todo esto lo espresaban con los piés, con los brazos, con la cintura, con los ojos. El tendia la capa á los piés de su reina; esta la pisoteaba, y luego se la ponía, y despues parecía como que con ella toreaba al dueño de su albedrío, y á este se le caía la baba, y el público estaba con la boca abierta, y unos caballeros que se hallaban en los palcos de proscenio aplaudian frenéticamente, y daban vivas á la gracia, á lo bueno, á la sal, y ella parecia agradecer tales muestras de entusiasmo, y él no se daba por entendido, ni se escamaba siquiera al ver objeto de tanta lisonja al planeta, de quien era, por lo visto, el satélite mas inmediato.

(Se continuará.)